



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11807

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 18 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Jorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre. 31



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Caballos 15.

Dueñas eléctricas

—Doctor: En ese gabinete radiográfico montado por usted y del cual se habla favorablemente ¿no habría modo de inyectar fósforo en mi cerebro? Siento al andar el mismo efecto que si me arrastrara; camino de una manera fatigosa; cuando levanto al cielo la mirada me mareo; si muevo de un modo brusco la cabeza parece que me caigo; me persiguen los vértigos y á menudo tengo que echarle mano al transeunte que pasa por mi lado para no dar con mi cuerpo en tierra. Se acaba mi memoria; se aniquila mi fuerza y en esa edad en que el hombre goza plenamente de sus facultades, yo siento que todas me abandonan. Mi carácter se viste de asperezas; todo me disgusta; hay momentos en que me siento acobardado al pensar que tengo que proseguir esta batalla por la vida y se han agotado mis energías de tal modo, que cualquier obstáculo que para otro sería insignificante grano de arena, resulta para mí montaña inaccesible. Soy algo así como una ruina anticipada, un invalido del trabajo que se gasta realizando una labor tremenda y que a la mitad del camino de la vida no sirve para nada.

—Todo eso tiene remedio eficazísimo. No inyectamos fósforo, pero tenemos unas duchas eléctricas que pongo á su disposición, para que, merced á su bondad y su eficacia, pueda usted meterse en el bolsillo los dolores de cabeza, los vértigos,

la falta de energías y todo lo demás que le preocupa.

La afirmación del médico no despertó mi fé, pero alentó debilmente mi esperanza. ¿Por qué no someterse á las duchas? Después de todo nada se perdía. Además, siquiera por respetos á la ciencia debía aceptar con cierta confianza la afirmación del ilustrado médico.

Veinte horas después me encontraba en el bañiquillo aislador, fumando tranquilamente mi cigarro, con la cadena del polo positivo de la maquina cogida con la mano derecha, mientras un peine, unido también con la maquina, me hacia experimentar el efecto de una lluvia copiosa cayendo sobre mi cabeza. Por lo demás, ni molestias, ni dolores, ni excitaciones nerviosas experimentaba. Era aquello una ducha á plomo. Me llenaba de electricidad. Me llenaba con agua una vez.

Y cosa rara: cuando el fluido me llovía, se me caían de la cabeza las pesadeces que me atormentaban. Las chispas que brotaban de mi cuerpo, cuando el operador acercaba su mano al punto de que quería extraerlas, parecían encender en mi espíritu la fé de que se hallaba exhausto; y al bajar del bañiquillo, en aquella primera sesión cuya fecha señalaré con piedra blanca que me recuerde siempre la deuda de gratitud que tengo contraída con el nuevo procedimiento de curar estas cosas que parecían incurables y han resultado como estorbos fáciles de quitar, me llevaba el propósito de decir á

los que padecen lo que yo padezco ó—mejor dicho, lo que padecía:—Eso se cura así.

Han pasado ocho días y ya no siento vértigos; al efecto de arrastre que experimentaba al andar ha sucedido una agilidad que me encanta; ya no me mareo cuando levanto la mirada, ni experimento las fatigas de antes, ni le echo mano al transeunte para no caerme. La memoria se ha posesionado nuevamente del cerebro; las asperezas del carácter se han caído en la parte que no era natural; el cuerpo recuperó sus energías y el espíritu satisfecho experimenta las alegrías del vivir.

¿Como ha ocurrido eso? No me lo explico, pero el caso es cierto; lo afirma un enfermo agradecido, que al verse despojado de todo lo que constituía su dolencia, le da publicidad para que llegue á conocimiento de los que puedan encontrarse en su caso.

Estímulos del bien, unidos á otros de gratitud hondísima, me han impulsado á escribir este artículo. Mío es el pensamiento, el propósito, la idea de escribirlo, porque mío es el corazón que agradece y el espíritu que me estimula á darle las gracias al ilustrado médico D Juan J. Oliva y sus dignos compañeros del sanatorio que me han restaurado con las duchas eléctricas.

ANGEL BARBA.

TIJERETAZOS

Los conservadores piden que así como han sido publicadas las consultas de Silveira, Romero y otros consultados durante la crisis, se publiquen también las restantes. Por mí que se publiquen. ¡No las he de leer!

Pero ¿por qué querrán saber esos señores lo que han dicho Sagasta, Montero y demás liberales?

Cuando ha venido el poder á sus manos es que lo han pedido.

Y eso es lo que importa á los que han abandonado el comedor para hacer sitio á los fusionistas.

Leemos: «Algunos representantes de capitalistas alemanes están negociando con significados personajes del Celesto Imperio el establecimiento de arsenales en varios puntos del mismo.»

Vamos sí, están negociando la invasión de la China.

Porque á eso vendrán á parar los ferrocarriles, los arsenales y demás elementos planteados por Europa en el campo industrial del Imperio Celeste.

El Correo Español se arranca por potencias y canta esta copla.

«El que tenga ojos que vea, y el que tenga oídos que oiga. Si. Que oigan y que vean muchos que parecían sordos y ciegos; que oigan, vean y aprendan los que con capa de religión llevan en España el criminal propósito de combatir á los carlistas.»

Fuercillo se viene el colega.

Y diga el compañero:

¿Cuándo ha sido un crimen combatir el carlismo?

Pues si eso ha sido siempre un deber del Gobierno y del pueblo.

Y hay que confesar en justicia que los dos lo han cumplido religiosamente.

Dice un periódico:

El Presidente del Gobierno terminó un discurso afirmando el carácter liberal y democrático de su política.»

Mr. Sagasta, quedam en eso. Pero como pudiera haber deamemoriados, sería bueno que lo fijara usted con unas cuantas puntas de París.

VICTORIANAS

Casita mía
casita blanca
¿cómo dejarme, si entre tus muros
dejo mi alma!

A las flores del campo
cuento mis penas,
cuento mis penas, cuando suspiro
suspiro en ellas.

Cuando en mis ojos clavas
tus ojos negros

llamo al Cura y le pido los sacramentos.

Una estrella del cielo te cedería, por el lunar que llevas en la mejilla.

Al subir por la senda de los recuerdos, salen á detenerme tus ojos negros.

En tus labios de rosa pon un rosario, ¡yo besaré las cuentas sobre tus labios!

Narciso Diaz de Escovar.

PARENTESIS

La ópera española

Valencia, la Atenas española, refugio del arte, como dijo Blasco Ibañeta en una de sus más hermosas improvisaciones, no se considera satisfecha con ser la cuna gloriosa de nuestro primer escultor Benlliure, de Sorolla, el más original de los modernos pintores, y de Blasco Ibañeta, honra de la patria literaria.

Faltábale á la poética región levantina un suceso musical de extraordinario relieve para ejercer en España la absoluta hegemonía artística. Y dentro de unos días, el maestro Sánchez Torralba, cuya fama como director de orquesta en Europa y América no necesita de nuestro crédito periodístico, va á comenzar una serie de acontecimientos musicales cuya importancia artística llenará la prensa de muy largas y detalladas crónicas.

El maestro Sánchez Torralba, discípulo del compositor valenciano D. Salvador Giner, popular y acreditado entre los *amateurs*, apenas llegado de una prolija campaña en América, cubierto de merecidos laureles, en lugar de retirarse al legítimo descanso como cualquier aventurero enriquecido en la difícil lotería de la emigración, cuyo ensueño trastorna tantas cabezas de ordinario bien equilibradas, se dispone á honrar á su patria y á su maestro popularizando varias óperas inéditas aún del insigne Giner, que en los últimos linderos de la vida, como Quintana y Zorrilla, va á recibir los postreros tributos de la admiración

go?—le preguntó abotonándose el gabán con el aire militar con que los soldados viejos ocultan sus emociones.

—No, padre mío, pido á V. permiso para dejarle... Tengo que hacer hoy muchas cosas... Mañana iré á comer...

—Entonces, hasta mañana... y haces bien en ir; tu hermana sigue dolida.

Viendo alejarse el coche en que iba su padre, Enrique levantó la cabeza, miró el reloj, y con el paso ágil de quien se siente impulsado por el viento de la fortuna, se lanzó por la calle de la Paz, y al llegar á la esquina de la Chaussée d'Alin entró en el café Bignon, donde le aguardaban algunos jóvenes que denegociaban el dinero y la provincia. El almuerzo transcurría hablando de concursos regionales; después, en los bulevares á donde se salía para fumar, la conversación giraba sobre divisiones de terreno, sembrados y encañaduras y luego sobre elecciones, espíritu departamental, probabilidades de las candidaturas echadas á volar en los comicios agrícolas. A las dos dejaba Enrique á aquellos señores prometiendo á uno de ellos un artículo sobre su granja modelo, subía á un Circolo, revisaba los periódicos y escribía luego lentamente en su cuaderno de apun-



—¡Sube, Enrique!—dijo M. Mauperin á su hijo, y como éste quisiera dejarle pasar delante, volvió á decirle: ¡Sube!

Al cabo de media hora, padre é hijo volvían á bajar de la Cancillería.

—Creo, Enrique, que estarás contento de mí—dijo M. Mauperin, con la sangre agolpada al rostro.—He hecho lo que tu madre y tú habéis querido... Tendrás ese nombre.

—Padre mío...

—No se habla más del asunto... ¿Vuelves conmi-

obrado tan bien. Repasaba en su imaginación aquella idea de la comedia, lanzada al parecer sin intención, la fría indiferencia que había afectado con Noemi para tranquilizarla, disipar sus repugnancias y que se negara á tomar parte en la representación. Pensaba en el golpe maestro de manifestar su amor de repente, haciendo nacer los ojos de la madre en medio de la función, y como si el papel que representaba le arrancara el secreto de su corazón. Cuanto había seguido, el modo con que había arrastrado hasta la desesperación aquel último amor; su conducta en la postrera entrevista, todo se lo representaba en la imaginación; y estaba orgulloso de sí mismo por las circunstancias previstas, combinadas y arregladas con anticipación, utilizando al efecto la pasión de una mujer de cuarenta años.

—¡Soy yo! ¡No tengo ganas de dormir esta noche! —Y Renata, empujando una butaquita, se sentó en ella.—Tengo gana de que charlemos como lo hacemos antiguamente. ¿Te acuerdas?... Antes de que tuvieras habitación en París... Aquí me acostumbraste al cigarro, á la pipa, á todo. Apenas nos hemos dicho tonterías, cuando todos los demás estaban acostados, riéndonos como criaturas... Ahora mi señor hermano es un hombre grave...